

Malaika, ahora Ángel, bebe una caña rodeado de amigos en uno de sus bares favoritos, pues en él, más de cien años atrás, había sido fundado el Partido Socialista Obrero Español.

La historia era larga y estaba preñada de avatares, pero continuaba, y aquella gran manifestación secundada por toda España era la prueba.

Los partidos políticos y sus miembros tenían que aprender de sus errores.

Había llegado la hora de quitarles la piruleta de la boca y hacerles plantearse a qué les conducía el poder.

Pues si era a robar y ultrajar a los ciudadanos, la democracia tal como se concebía tendría que reciclarse y convertirse en otra forma de gobierno más apropiada.

Él, que venía de azotar a millonarios gordos, lujuriosos y babeantes; con esas imágenes aún en la mente, tenía muy claro que los poderosos necesitaban una buena lección.

En realidad la estaban pidiendo a gritos, no sólo en España, sino en toda Europa.

Casos como el de Berlusconi llevaban años abochornando al mundo entero sin que nadie se hubiera decidido a actuar.

Estaba sufragado por la mafia y era un putero que gozaba humillando públicamente a las mujeres, como Fraga en sus buenos tiempos, pero nadie parecía reaccionar.

Pues eso lo que demostraba, más que cobardía, era connivencia.

En el fondo, tener como modelo a personajes así, puros psicópatas, exoneraba de sus pecados a sus semejantes.

En esta nueva época caracterizada por la necrosis del ser, por el triunfo de Satán tras la muerte de Dios, el amor; los humanos estaban condenados al infierno y se dejaban arrastrar con mansedumbre hacia él.

Aunque todavía existían personas sanas y razonables, al menos en España, porque al parecer en otros países, como en Alemania, la cosa estaba peor.

No todo el mundo eran zombis que conducían Mercedes, como sus clientes potentados y tarados, sino que existían muchas personas capaces de relacionarse con los demás sin esperar recibir nada a cambio.

No todos los cuerpos, por fortuna, se habían convertido en máquinas, por mucho que a los que trataban de manejarlos como a tales les hubiera gustado.

Existía una resistencia, y aquella tarde se había dado el primer paso para poner freno a la tiranía, cuyo baluarte, como siempre, era la codicia.

El mundo occidental no estaba aún completamente corrompido

La economía había sido mal concebida, eso era todo.

También la familia.

Engels tenía razón con eso de que la primera división del trabajo es la que se hace entre el hombre y la mujer para la procreación de los hijos.

Quizás, con la reproducción asistida, en vista de lo segregado sexualmente que se encontraba el mundo, mujeres por un lado y hombres por otro pudieran lograr una reproducción sin lucha de clases dentro de la propia pareja.

En cuanto a la política, debería realizarse, tal como bien proponía Marx, de abajo a arriba, y no al revés.

Lo cierto es que no estaría mal lograr esa verdadera revolución.

Aunque a lo largo de la historia, nunca había sucedido así.

La tortilla humana no lograba nunca darse la vuelta porque era más bien una especie de revuelto.

Haría falta batir bien los huevos, es decir desmachizar a los hombres y desfeminizar a las mujeres para lograr un verdadero y razonable igualitarismo, piensa mientras saborea un pincho de tortilla.